



# EL DESENCANTO POLITICO

*Oskar LAFONTAINE*

**E**l barómetro del ambiente político indica desencanto. Y tiende a seguir cayendo. Estas bajas presiones sobre Alemania denotan la situación climática general internacional: turbulencias provocadas por la quiebra de un orden mundial que también se han dejado notar en otros lugares. Poco antes del previsible fin de la era Reagan-Bush, la sociedad americana se ha puesto a sí misma en la picota en cuanto sujeto capaz de acción. Suiza —que acaba de cumplir 700 años— se debate por encontrar una identidad vinculante sumida en una crisis de madurez. En Italia las instituciones romanas se desmoronan más rápidamente de lo que lo hicieran tras la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476. Entonces los germanos al menos pudieron

incorporar a los nuevos tiempos un funcionariado intacto.

Los paradigmas políticos con los que nos acostumbramos a pensar y actuar a partir de 1945 han cambiado de la noche a la mañana. Si ya había muchas personas desbordadas por los cambios tecnológicos que han afectado al mundo laboral o por el ritmo de la modernización social, y si los que anunciaron la crisis ecológica ya despertaron temores con respecto al futuro, ahora se añade a esta inseguridad generalizada otro factor de inseguridad política. Los síntomas son patentes: no se encuentran proyectos políticos que fascinen, en su lugar tenemos una política que opera como si se encontrase bajo los efectos del valium. Las ricas

---

***Las ricas democracias occidentales padecen una crisis de sentido, y entre los concienzudos alemanes el desencanto es aún mayor.***

---

democracias occidentales padecen una crisis de sentido y de orientación. Y los concienzudos alemanes experimentan un desencanto aún mayor que muchos otros. Parece que no hay nada menos descorazonador que quedarse estancado en el éxito. Y eso que a los conservadores parecía sonreírles la fortuna. Como frutos maduros caídos del cielo se les han venido encima sus dos proyectos más queridos: Alemania unida y el fracaso de las alternativas al capitalismo. Pero no se alegran del supuesto triunfo. El gran deseo se ha convertido en dura realidad. Y ahora parecen «infelices y sin sueños».

Los partidos conservadores sólo pudieron mantener encandilado a su público con el escueto mensaje de que el comunismo era cosa del demonio mientras duró la amenaza comunista. Y ahora que el comunismo se ha ido de verdad al diablo, queda claro que detrás de este mensaje no había ni el más leve indicio de un plan para afrontar un futuro poscomunista. La derecha supera en perplejidad incluso a la izquierda. Esta falta de ideas para el futuro pone de relieve la miopía esencial de la política imperante.

Tampoco la izquierda se encuentra a gusto. Es cierto que gana unas elecciones regionales tras otras, pero le falta inspiración para conducir el proceso político. Sólo cuando alcanza el poder busca una finalidad. Esto también se debe a que, al contrario de lo que ocurre en los Estados Unidos o en Inglaterra, en Alemania no se trató de llevar adelante una revolución conservadora después de 1982. El Gobierno federal libe-

ral-conservador no muestra grandeza alguna, ni siquiera en sus errores, y por ello no sirve ni como oponente: en muchos casos se ha limitado a continuar la política socialdemócrata rubricando el texto con notas a pie de página de tono conservador.

A la izquierda su situación le depara más sufrimientos. Despojada de bastantes ilusiones socialistas, parece paralizada. Es cierto que sigue albergando en su alma ciertos bellos proyectos más o menos concretos o utópicos —la difusión y profundización local de la solidaridad social, por ejemplo, o la transformación de la sociedad de trabajadores en una sociedad cultural y participativa, así como la superación de los Estados nacionales mediante una política mundial—, pero no se atreve a confesarse partidaria de dichos proyectos. En tiempos de inquietud tienen más predicamento las soluciones pragmáticas que las utopías. Pero aún más grave es que los partidos de la izquierda demócrata no parecen capaces de formular de forma clara y distinta alternativas pragmáticas a la desolada política gubernamental de los conservadores. Al público de izquierdas que se interesa por la política y que exige reformas sociales o ecológicas sólo le queda la frustración.

En mayor o menor grado, el precio que Europa ha de pagar por la quiebra del antiguo orden y por la herencia del comunismo —desastrosa tanto en lo moral como en lo económico—, repercutirá en todos nosotros. Las personas están hartas de la política porque la situación política es lamentable. En Alemania tal vez más que en el resto de Europa occidental. Debido a la reunificación de Alemania, por primera vez desde que terminó la guerra, el temor a que el futuro próximo pueda suponer una merma del actual bienestar material tiene un fundamento real. La mayoría de los alemanes probablemente habría aceptado la reunificación aunque el Gobierno hubiese hablado sin tapujos sobre el alcance aproximado del coste y de los sa-

crificios que conlleva, pero, dicha aquiescencia dependió siempre de esa doble moral social que, por lo demás, hace tan difícil la protección del medio ambiente: reconocer que algo es necesario es una cosa, pero estar dispuesto a sobrellevarlo es otra muy distinta. La sociedad ha capitulado ante los necesarios procesos de redistribución y trasvase de riqueza de Occidente hacia el Este. El descontento acumulado durante la lucha por el reparto social se descarga ahora sobre los responsables del reparto: los políticos.

En muchos ámbitos estatales importantes también se ha separado el plano decisorio del de las responsabilidades. En gran medida, el aparato estatal, es decir, el saber especializado funcionarializado, que depende del Ejecutivo político, se ha independizado de éste. A la política sólo le queda el papel de instancia legitimadora: estas competencias ficticias centradas en el control y la decisión sirven para responsabilizar de todo a la política, satisfaciendo de este modo la actual demanda de responsables, en aumento debido a la complejidad de las estructuras sociales. Es cierto que las personas desean una economía de libre mercado, pero con resultados políticos asegurados.

A pesar de que un político aislado ejerce una influencia muy escasa sobre la situación económica de un país y el bienestar material de sus habitantes, en épocas de crisis suele convertirse en el chivo expiatorio responsable de todos los males. Es cierto que los políticos tienen su parte de culpa. Quien con el fin de ser elegido ha creado grandes expectativas, se ve sometido a una mayor presión. Si desea superar con bien dicha presión debe procurar que queden asociadas muchas cosas positivas a su actuación o su persona—desde una estadística del índice de empleo calculada a la baja, hasta el triunfo de un equipo de fútbol—. La otra cara de la moneda es que el que trata de responsabilizarse de todo lo bueno se expone a que se le atribuya todo lo malo.

---

***Lo más grave es que los partidos de izquierda parecen incapaces de formular una alternativa pragmática a la política del gobierno liberal-conservador.***

---

Los chivos expiatorios surgen en épocas de crisis porque se señalan. Lo decisivo en este caso es el dedo índice que, ante los ojos de todos, le apunta: «Mirad, aquí está, éste es el culpable». Este papel de dedo índice, que constituye una versión moderna del acusador, lo desempeñan en la actualidad los medios de comunicación. Crean ambiente y atizan el desencanto. La opinión publicada se convierte así en un factor esencial del tedio político generalizado, en eco y, al tiempo, en amplificador de una opinión pública difusa. Los medios de comunicación escenifican sus propios guiones y dramas.

Si en la política hasta la dosis imprescindible de populismo es considerada poco elegante, en el mundo de los medios de comunicación el populismo más desvergonzado pero eficaz a la hora de incrementar las tiradas pasa por ser virtud: al explotar y atizar la ira popular latente dirigida contra «los de arriba», los periodistas se erigen en defensores de la democracia. Sin duda, esta concepción del periodismo tiene, a pesar de todos los reparos, sus ventajas. ¿Acaso no es el titular crítico, aunque sólo se deba a un intento por aumentar la propia tirada, una forma de control del poder por parte de la opinión pública? Ya sabemos por la «fábula de las abejas» que el egoísmo puede ejercerse en beneficio de todos. Pero la línea que separa a la denuncia lucrativa del control del poder desde supuestos democráticos es muy tenue. Más de un periodista la ha sobrepasado por falta de sentido de la responsabilidad.

En el caso de la política, el idealismo alemán rechaza indignado la lógica de la fá-

bula de las abejas. Todos quieren políticos simpáticos y cercanos al pueblo, responsables e independientes, competentes y trabajadores, capaces de tomar decisiones y dispuestos a actuar, sin ínfulas pero capaces de imponerse. Su único interés han de ser los problemas mismos y no su propio beneficio, deben dejarse la piel en aras del bien común, no deben pertenecer a grupos de interés ni ser meros funcionarios, aunque deben estar altamente cualificados profesionalmente y, sobre todo, siempre dispuestos a cumplir con su honorable misión por un sueldo más bien escaso. En una palabra: la política se concibe aquí no como una profesión sino como vocación. Pero, como el terreno político está ocupado por el momento por oportunistas egocéntricos, un sinnúmero de talentos políticos notables se desaprovechan en empresas, redacciones de periódicos, en las cúpulas directivas o en las cátedras: esto es lo que parece sugerir la opinión publicada.

El ideal de político que deja entrever ese fastidio generalizado que reina en la política parece reflejar la nostalgia de muchas personas por un «mundo feliz». No es casualidad que esta imagen ideal se contraponga al comportamiento político que se está produciendo en el seno de nuestra sociedad. La sociedad actual está más «diferenciada» que antes, en ella coexisten pacíficamente una variedad ingente de estilos de vida. Por esta misma razón, a los partidos populares les falla el factor de integración política, la capacidad de establecer un consenso entre las diferentes opiniones y de representar a los

---

***Por primera vez desde la guerra,  
el temor de los alemanes  
a sufrir una merma de  
su nivel de vida tiene  
fundamento real.***

---

diversos intereses. Entre todos estos intereses particulares no resulta nada fácil distinguir cuál sería la *volonté générale* y, sobre todo, es muy difícil imponerla. Medio siglo de práctica democrática ha logrado fortalecer también en Alemania la conciencia del ciudadano frente al Estado.

No hay que achacar todas las abstenciones al desencanto del elector. Siempre que la democracia se convierte en algo natural, las elecciones se perciben más bien como una banalidad de carácter ritual que como un deber cívico, banalidad que puede ser evitada sin que a uno le torture la conciencia democrática. Por lo que respecta a la participación electoral, los alemanes tendríamos que resignarnos a aceptar que nos situaremos en el «índice normal europeo».

En Alemania se ha hecho habitual la oposición a la autoridad del Estado en la misma medida en que se ha internalizado la democracia. Por muy positivo que esto sea, el equilibrio democrático de intereses que debe proporcionar la política se convierte por ello en una tarea tanto más ardua. Porque siempre que no sea posible favorecer, o favorecer suficientemente, ciertos intereses particulares, surgirán quejas. Esta protesta generalizada refuerza la impresión de que la política es incapaz de solucionar problemas. Y es que a menudo son precisamente estas soluciones, que nunca convienen a todos, las que suscitan las críticas más enconadas. Ya se trate de la Federación, de los *länder* o los municipios, sea cual sea la decisión de las administraciones, existen grandes posibilidades de que haya alguna organización, grupo o iniciativa ciudadana que alce su voz para protestar. No quiero que esto se malinterprete: la crítica ejercida por las ciudadanas y ciudadanos pertenece, en mi opinión, a la esencia de la democracia, aunque en muchas ocasiones la parcialidad de sus juicios es de tal índole que puede provocar el descontento entre los políticos por la actuación de los ciudadanos. Parece imposible

evitar las protestas contra la proliferación del número de empresas afincadas en una determinada región, pero aún estamos esperando que se produzca alguna iniciativa ciudadana en este sentido.

Desde el movimiento estudiantil de los años sesenta se considera progresista atribuir la concienciación política a cierta implicación personal. Pero, ¿qué ocurre si esta conciencia política permanece anclada en esta implicación personal, si no llega a alcanzar la dimensión del interés general, la dimensión de la *volonté générale*? Porque, no nos engañemos, lo que mantiene unidas a muchas de las iniciativas ciudadanas de menor importancia o a los movimientos de protesta centrados en un único punto no suele ser más que un interés de grupo. Por muy legítima que pueda ser una protesta de este tipo, parece producir mala conciencia a la sociedad. Porque, a modo de catarsis, logra proyectar sobre la política la imagen ideal —opuesta a aquélla— de su propio comportamiento. A los partidos políticos y a sus representantes se les exige que cumplan lo que la sociedad no hace: dedicación altruista al interés común. El cometido que de este modo se le endosa a los políticos, el de servir de ejemplo, no persigue tanto la emulación como el alivio de la propia responsabilidad. Con el ritual de las elecciones los ciudadanos no sólo ceden a los candidatos parte de su propia soberanía política durante un determinado mandato, sino también, por lo que parece, la responsabilidad de actuar con moralidad. El descontento es tanto mayor cuando los políticos no logran estar a la altura de tales expectativas, cuando la discrepancia entre el deseo y la realidad llega a ser abismal.

Sin duda es necesario exigir a todas las personas que ocupan un cargo público que se comprometan con el bienestar común, que actúen de un modo altruista y moralmente intachable, que estén cualificados y miren sólo por el bien de la causa. Pero

toda expectativa excesivamente idealista se ve obligatoriamente defraudada. Los partidos políticos no son más morales que sus miembros, y éstos no lo son más que la sociedad de la que surgen. Esto siempre ha sido así, y tampoco el desencanto político o, incluso, el producido en el seno del Estado o de los partidos, es nada nuevo. Desde siempre este desencanto ha crecido o menguado con las crisis, los partidos políticos han organizado desde siempre el poder público, y nunca ha faltado en ello cierta dosis de maquiavelismo. Pero el reproche dirigido a los grandes partidos en el sentido de que explotan indiscriminadamente al Estado, está fuera de lugar y revela una gran ignorancia del ingente e inestimable trabajo que, de un modo altruista y mal remunerado, se está realizando en estos mismos partidos en todos los planos. Aunque aquellos que se organizan y que actúan desde un partido no sean mejores personas, desde luego son mejores ciudadanos que quienes protestando en privado guardan silencio en público. Esto no quiere decir que todo sea perfecto en el mundo de la política y que no haya muchos aspectos en los que los partidos sean susceptibles de reforma. Sin duda es necesario reducir el abismo que separa las expectativas que tienen las personas con respecto a la política de la propia realidad política.

No sólo la política parece operar bajo los efectos del valium, también el potencial intelectual de nuestra sociedad lo está. ¿Dónde están los manifiestos de las grandes Iglesias que formulen los principios de una

---

***Los medios de comunicación  
atizan aún más el desencanto,  
señalando a políticos  
aislados como responsables  
de la situación general.***

---

actuación acorde con la situación que se vive? Los políticos no cuentan casi con apoyos ideológicos que pudieran servirles de ayuda. ¿Dónde están los intelectuales capaces de medirse con los políticos? Desde hace años, las universidades padecen las consecuencias de un programa desbordado y se aferran a ciertas tradiciones inamovibles. Ni siquiera el estrato académico medio parece ya capaz o dispuesto a definir de nuevo las funciones de las universidades. ¿Dónde están los filósofos que puedan mostrarnos el camino para salir de esta crisis de sentido? Haciendo gala de un método intachable, han hecho derivar la ética de ciertos principios regulativos tan intocables que resulta imposible aplicarlos a ninguna situación práctica. En los años sesenta circuló durante un tiempo la frase ingeniosa de que sólo un gobierno socialista sería capaz de iniciar la alfabetización política del país. Como es natural, semejante esperanza adolescente se vio frustrada. El pueblo quería que le dejaran en paz. Pero el hecho de que en el ámbito público ya no se haga ni el esfuerzo de concebir esquemas con los que pueda medirse la política resulta francamente inquietante. ¿Sólo porque la sociedad no desea cambiar tan rápidamente ha de ser la clase política la única que reflexione sobre lo que puede mejorar? ¿Qué, por ejemplo?

En primer lugar, la clase política debe preocuparse por crear una relación racional entre las personas y la política. No hay nada que objetar a la actitud crítica de los ciudadanos frente al Estado. Al contrario, consti-

---

***En una sociedad altamente diferenciada, a los políticos les falla la capacidad de crear un consenso entre las distintas opiniones.***

---

tuye un sello de garantía para toda democracia. Un cierto grado de desencanto con respecto a la política, producto de aquélla, no debería constituir una tragedia. Pero el desencanto comienza a ser problemático cuando amenaza con trocarse en irracionalismo político. Impedir que esto ocurra depende de la cultura política de un país. Allí donde el debate político entre los partidos se dirime mediante insultos, ofensas o humillaciones, es fácil que los ciudadanos, asqueados, malinterpreten la esencia de la relación entre oposición y mayoría. Para que las expectativas y la realidad se alejen lo menos posible, los políticos deben ser sinceros con sus electores también durante las campañas electorales. No tiene ningún sentido prometer utopías que no tienen ningún viso de poder llevarse a la práctica a medio plazo. En este sentido puede decirse que la izquierda pecó mucho en el pasado. Precisamente en tiempos de inseguridad las personas exigen a la política concepciones pragmáticas destinadas a solucionar los problemas más acuciantes, así como la fuerza necesaria para ponerlas en práctica. Y, si detrás de tales concepciones pragmáticas puede presentarse además una visión de futuro lo más amplia posible, tanto mejor. En otras palabras: necesitamos liderazgo político. Mientras no lo tengamos, el desencanto político seguirá siendo grande.

Los políticos deben explicar abiertamente de qué pueden responsabilizarse y de qué no. Es desleal prometer a las personas al mismo tiempo una economía de libre mercado, autonomía tarifaria y pleno empleo cuando todos sabemos que uno de estos factores —mientras no se demuestre lo contrario— forzosamente excluye a otro. Los políticos deben tener el valor de imponer exigencias, pero deben ser las exigencias adecuadas. En realidad, en los últimos años han esperado más bien demasiado poco —y a veces lo que no debían esperar— de los ciudadanos, en lugar de demasiado. Han dejado creer a las personas que es posible un

futuro sin una transformación radical de nuestro comportamiento, aunque el cambio social y ecológico al que nos enfrentamos no puede realizarse sin cierta dosis de renuncia. Pero nuestro sistema económico basado en el lema «más grande, más deprisa, más lejos» no encaja con la renuncia. No cuenta con tecla alguna para ésta. De modo que debemos proceder a reorganizarlo.

Pero debemos ser conscientes de que el pluralismo básico de nuestra sociedad crea tan poca identidad social como la promesa de una sociedad multicultural. La coexistencia tolerante no puede sustituir a la existencia común regulada. Las personas necesitan libertad no sólo con respecto a algo, sino también para algo. En estos momentos, esta sociedad sólo podría ser seducida por dos proyectos: por una parte, por una política de ordenación ecosocial que incluyese los necesarios cambios de comportamiento, actitud y valores y, por otra, por una política de unificación que aprovechase esta oportunidad que se le ofrece para redefinir Alemania entera, tanto hacia dentro como hacia fuera.

---

***A los partidos políticos se les exige que cumplan lo que la sociedad no hace: dedicación altruista al bien común.***

---

El resto de las tareas que hay que acometer debemos realizarlas con la mayor celeridad y modestia posibles para que no nos aparten de lo primordial: transparencia en cuanto a los sueldos de los políticos y la financiación de la política, abrir a los partidos frente a los impulsos que proceden de la sociedad, si se producen, y mantenerlos alejados de los ámbitos decisorios para los que la Constitución no les otorga competencias. De otro modo, no podremos librar-nos jamás del reproche del historiador conservador Heinrich von Treitschke: «Buenos o malos, tal como han sido los partidos en el pasado, seguirán siéndolo en el futuro».

*Traducción: Cristina García Ohlrich*

---